

LIBROS

El lenguaje y la política

Aunque hace algo más de un año que se publicó la primera edición del **Diccionario Político** de Eduardo Haro Tecglen (1), los acontecimientos actuales ponen de actualidad la vigencia de las clarificaciones que el autor hace sobre cerca de dos centenares de palabras que están en boca de todos; especialmente de aquellas que hasta hace pocas fechas eran consideradas "impronunciadas", lo que está muy relacionado con una de las afirmaciones que Haro realiza: "Los poderes entregan al pueblo el lenguaje, pero no todo. Ni todo el uso". Aquí y ahora, el poder va cediendo al pueblo español parte del lenguaje y parte (más pequeña) del uso del lenguaje y de sus contenidos.

Haro, como intelectual que parece ser, es —según palabras que él mismo escribió— "una de las principales enemistades de los poderes", "que tratan de ser propietarios del idioma con independencia de sus propietarios políticos". El (además de sus artículos en esta revista, dedicados preferentemente a tomas internacionales) se gana la enemistad de los políticos del país en sus análisis de lo nacional publicados en las ediciones dominicales del más joven de los matutinos barceloneses.

En su diccionario, el autor se define a sí mismo con claridad: "Yo no pretendo estar inmune a la confusión del lenguaje; más bien me considero una de sus víctimas, dentro de una profesión de víctimas designadas en esta cuestión de la propiedad del lenguaje; no pertenezco al grupo de los que lo poseen o lo crean, sino al de los que lo usufructúan". De aquí que como usufructuario del lenguaje intente "significar cuáles son los valores condicionales con que se nos prestan determinadas palabras de un vocabulario político y con qué intención se nos pres-



Haro Tecglen.

ta"; convirtiendo su intención en un programa político concreto, muestra de que "los políticos serían aquellos que por el pensamiento o la práctica tratan de hacer que la política exista ('no existe la política, sino los hombres, partidos, ideales, institutos políticos'), y uno de los medios de acción de que disponen es actuar por medio de una hipótesis de trabajo que supone que la política existe ya".

Los significados y las intenciones connotativas a los que Haro dedica mayor atención son los siguientes: **absolutismo, anarquismo, anticomunismo, burocracia, censura, capitalismo, clandestinidad, comunismo, democracia, demografía, despolitización, dialéctica, élites, fascismo, huelga, imperialismo, información, minorías, partidos, revolución y terrorismo**, como fiel reflejo de las relaciones internacionales y nacionales de esta época histórica. De estos veinticinco términos o entradas citados hay tres que se convierten en núcleo del vocabulario clarificado. Son **fascismo, huelga y revolución**. Del **fascismo** nos dice Haro que "se funda siempre como una revolución y mantiene un vocabulario y una nomenclatura revolucionarias", que "es directa y urgentemente anticomunista" y "al mismo tiempo fuertemente nacionalista", y "que es una tiranía violenta, que con otras características coyunturales y nacionales ha hecho numerosas apariciones en la Historia antes de que Mussolini le diera su nombre, que aparece en numerosos países del mundo de hoy con otros disfraces".

Por lo que a la **huelga** se refiere, tras analizar sus di-

ferentes formas: laboral, política, salvaje, en sectores privados, en sectores públicos, perla, sorpresa, de trabajo lento, de celo, etcétera, el autor concluye que "el grado máximo sería la **huelga** general revolucionaria, o **huelga** violenta, considerada ya como una forma de la guerra social".

Por último, **revolución** quiere decir, para Haro Tecglen, "intento de cambio por la fuerza de un estado de cosas, de una forma de gobierno", cuyas raíces suelen encontrarse en la "insostenibilidad de una situación", y que reviste caracteres trágicos por cuanto "se trata de enfrentarse con el enemigo en el terreno en que éste es más poderoso, que es el de la fuerza, puesto que las **revoluciones** se hacen contra poderes constituidos que disponen teóricamente del Ejército y de las fuerzas de orden público, además de los resortes de comunicaciones, propaganda, prisiones, etcétera". ■ **PABLO MORATA**.

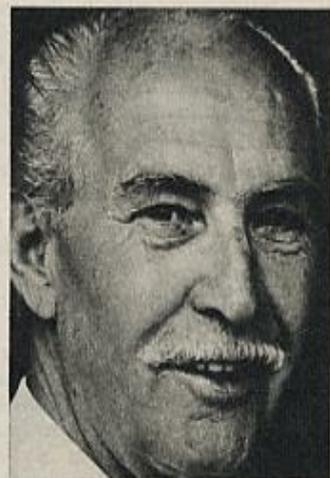
El surrealismo en Tenerife

"Tenerife es la isla surrealista". Esta fue la exclamación de André Breton cuando lo subieron al Teide, el gran volcán apagado que, con sus 3.790 metros de altura, domina geográfica y sentimentalmente el archipiélago canario. Breton añadió ante el paisaje increíble que se le ofrecía a sus ojos: "Es el mundo soñado y real del surrealismo puro". Breton había llegado a Tenerife con su mujer, Jacqueline, y con su correligionario Benjamín Péret, para inaugurar la primera exposición surrealista en España, que se abrió en el Ateneo de la capital tinerfeña.

Esta exposición es un hito importante de la historia artística contemporánea de España, que es ignorado por el público nacional y, paradójicamente, más conocido en el extranjero. La exposición —con obras de Miró, Picasso, Dalí, Oscar Domínguez, Chirico, Ives Tanguy, Marcel Duchamp, Man Ray, Giacometti y Max Ernst— fue posible por la existencia en Santa Cruz de Tenerife de un grupo de isleños comprometidos con la aventura intelectual, moral y artística de la Europa progresista de los años treinta. Este grupo había sacado en febrero de 1932 el primer número de "Gaceta de Arte", que se autotitulaba Revis-

ta Internacional de la Cultura y se presentaba ante el público como "expresión contemporánea del Círculo de Bellas Artes de Santa Cruz de Tenerife". La revista, que duró hasta junio del 36, hizo válida durante sus 37 números la doble pretensión de ventana abierta a la cultura internacional al tiempo que órgano de las inquietudes de vanguardia de un Círculo Cultural canario durante la Segunda República española.

Uno de los redactores y cofundadores de aquella "Gaceta de Arte", el crítico literario Domingo Pérez Minik, bien conocido del público nacional (1), acaba de publicar la historia de la revista en un interesante volumen que el autor ha titulado "Facción española surrealista de Tenerife" (2). Antes de continuar adelante, conviene subrayar que "Gaceta de Arte", que siempre dirigió el crítico Eduardo Westerdahl, no fue una revista de estricta observancia surrealista, aunque protagonizó importantes episodios del surrealismo en España. Y esto ocurrió por el talento



Pérez Minik.

abierto y prospectivo de la publicación, que se ocupó del surrealismo en cuanto fenómeno artístico e intelectual de primer orden en aquella época. Pero cuando, tras la resonante visita de Breton a Tenerife, se intentó desde París manipular "Gaceta de Arte" y ponerla al servicio de la hagiografía surrealista, Westerdahl se opuso con eficacia a esta tentativa, que mermaba el propósito de independencia de la publicación.

(1) Su libro anterior —"La novela extranjera en España"— ha sido comentado en TRIUNFO.

(2) Tusquets Editor. Barcelona.

(1) Barcelona, Planeta, 1974. 283 páginas.